

## MARROQUINERÍA DEL CARRIEL ANTIOQUEÑO EN EL MUNICIPIO DE ENVIGADO, COLOMBIA<sup>1</sup>.

### Resumen

El carriel es un bolso de cuero, típico del vestuario masculino de los campesinos andinos del Departamento de Antioquia en Colombia. Esta prenda está ligada a la historia del comercio a lomo de mula, que efectuaban los arrieros de la región. El carriel no sólo era un elemento funcional, sino que tenía un valor afectivo ligado a la identidad masculina.

Hoy en día los guarnieleros afrontan una grave crisis, a pesar de la exaltación de la imagen del antioqueño con carriel en las fiestas populares patrocinadas por las autoridades departamentales y municipales.

<sup>1</sup> Entre 1985 y 1986 realizamos una investigación sobre la marroquinería del carriel antioqueño, con el patrocinio de Artesanías de Colombia, entidad que promovió en ese momento un estudio profundo sobre diversas artesanías del Departamento de Antioquia, con el fin de proteger este patrimonio e impulsar nuevos productos, inspirados en los diseños tradicionales que pudieran alcanzar mercados más amplios y fortalecer económicamente la actividad artesanal. Actualizamos aquí algunos resultados de esa investigación, convencidos de que conservan algún valor para el estudio de uno de los elementos más arraigados en el atuendo típico del hombre antioqueño. Existe un estudio paralelo sobre las guarnielerías de Jericó realizado para Artesanías de Colombia por la antropóloga Susana Jaramillo. La coordinación general de los proyectos sobre artesanías en Antioquia estuvo a cargo del antropólogo Edgar Bolívar.

<sup>2</sup> Profesora de la Universidad de Antioquia.

## Introducción

Todos los hombres han transformado su cuerpo de alguna manera: con depilaciones, cortes de cabello, pintura, collares o trajes. Las evidencias arqueológicas del paleolítico señalan la existencia de agujas hechas de hueso, lo que revela indicios de costura. Los vestidos de esos primeros cazadores eran hechos seguramente con las pieles de los animales. Posteriormente, aparecen los tejidos con fibras vegetales complementados con adornos metálicos. La diversidad de los vestidos actuales es el producto de un largo proceso de evolución y de intercambio entre las distintas culturas (Schwarz, 1961).

El vestido protege al cuerpo de los rigores del medio ambiente, pero también es una expresión de

la imagen que los individuos y que los grupos humanos tienen de sí mismos. En algunas sociedades el vestido cambia muy lentamente, no está sujeto a los vaivenes de la moda, se convierte en símbolo de identidad étnica y tiene una profunda significación cosmológica, filosófica y afectiva. En otras, el atuendo se convierte en expresión de personalidades individuales de acuerdo a modas cambiantes.

El vestido expresa, igualmente, las diferencias de sexo, edad, ocupación y posición social de las personas y se convierte en un vehículo de comunicación entre los sexos, pues atrae al otro a través del encubrimiento o exposición de determinada parte del cuerpo. La moda permite que el cuerpo se vuelva expresión de una época, ya

sea que se someta a las imágenes que ese momento crea o que se burle de sus formas (Aubarque, 1980).

Una de las funciones más generales del vestido es la diferenciación social, proponiendo una distinción económica, de edad y género. Sin embargo, estos rasgos, que a simple vista parecen corresponder únicamente a la imagen como un elemento externo, implican un conjunto de sentimientos, sensaciones y legados culturales de quien porta determinados vestidos, accesorios o indumentarias. En este sentido Schwarz (1976: 305) afirma que el vestido, como canal que permite exteriorizar las emociones más fuertes y profundas del ser humano, incita a los hombres a actuar de manera preestablecida, de acuerdo al contenido simbólico que, a través de la historia y la cultura, es depositado sobre ciertos tipos u objetos propios del vestuario.

El vestido refleja características particulares de quien lo porta en un contexto general, esto es

en su sociedad, y por lo tanto es un motor que expresa y oculta, entre otros, principios éticos, sensaciones y emociones. El vestido se convierte entonces en un elemento simbólico, a través del cual los seres humanos pueden asumir posiciones, expresar ideas, reflejar órdenes culturales, etc.; y se constituye como un elemento dinámico de la acción y la comunicación social. Los jóvenes piensan que portar un carriel es “cosa de viejos” e incluso algunos consideran que puede ser poco varonil.

El carriel es un elemento del vestuario tradicional de los antioqueños. Un arriero, un labrador, un comerciante, un minero, complementan y definen la imagen de sí mismos a través del uso de un carriel que se tercia sobre el hombro. Sin embargo, el carriel ha entrado en decadencia en las ciudades, ha perdido funcionalidad y ha dejado de responder a las imágenes masculinas que promueven los medios masivos de comunicación.

El carriel, o guarniel como lo llaman los artesanos, tiene su

origen en la tradición de la guarnielería española. En la América precolombina, aunque se utilizaban las pieles de los animales para protegerse del frío y los escroto para elaborar recipientes, no conocían el proceso de curtir pieles y el arte de la guarnielería, el cual estaba estrechamente relacionado con los caballos, que no existían en América. Hoy en día el curtido de las pieles se hace industrialmente, a través de complejos sistemas químicos, pero algunas personas continúan elaborando artículos de piel a nivel artesanal. (Laorden et al., 1986:38).

En España se entiende por marroquinería la *“elaboración de artículos de tamaño reducido, como carteras, pitilleras, estuches, etc., con cueros ligeros de mamíferos o reptiles pequeños”*. La guarnielería y la talabartería se refieren a los *“trabajos que abastecen de correajes, sillas y demás aparejos a los animales de carga, tiro y montura”* (Laorden et al., 1986:39).

El carriel es una derivación de los bolsos o sacos de cuero que se usaban en España. Parece

que la palabra carriel se deriva del inglés *carry* (llevar) y *all* (todo), expresión empleada por los extranjeros que, al llegar a Antioquia, observaban esta bolsa de cuero (Sierra, 1983:200). Los artesanos utilizan la palabra guarniel, lo que refuerza la idea de que este saco estuvo asociado, en sus orígenes, con el trabajo de la arriería y con todo lo referido al ganado caballar y mular.

El carriel, como producto de la cultura material antioqueña, se constituye en un símbolo que sustenta el funcionamiento de los órdenes sociales de la denominada cultura “paisa”, tales como el trabajo, la religiosidad y la economía. Este objeto hace posible la socialización de una historia, unas creencias, unas actividades y unos sentimientos particulares de este grupo social. El carriel, al tiempo que refleja el espíritu de la sociedad asentada en este sector de la cordillera de los Andes, pone en evidencia sus transformaciones históricas y sociales, las cuales se ven reflejadas en los diferentes tipos de uso y en la nueva significación para quien lo porta. El carriel recrea

un pasado, pero simultáneamente evidencia las transformaciones de las tradiciones, las nuevas influencias culturales e, incluso, la disponibilidad de los recursos y materia prima para su fabricación, develando en algunos casos los niveles de resistencia al cambio o, bien, el acelerado cronómetro del desarraigo cultural.

Se dice que en el carriel se fraguaron los grandes negocios y empresas de Antioquia, que era una herramienta indispensable para el trabajo, no sólo por lo que en él se llevaba, sino por la seguridad que representaba para quien lo portaba. Se dice también que el tamaño del carriel determinaba la clase social a la que se pertenecía, así entre más grande, más adinerado y entre más pequeño, más pobre (Raúl Tamayo, comunicación personal)

Durante la Feria de las Flores realizada anualmente en Medellín, se desarrollan eventos como el desfile de silleteros (floricultores que cargan silletas de flores a sus espaldas) y la cabalgata por las principales avenidas de la

ciudad, además de tablados populares con conocidas orquestas, exposiciones de orquídeas, reinado internacional, etc. En estos eventos se exalta al antioqueño que usa sombrero, poncho y carriel; suponiendo que él expone las más nobles cualidades de la personalidad típica regional. Lo mismo ocurre durante la Feria de la Antioqueñidad, promovida por la Gobernación del Departamento, en la que cada municipio presenta su imagen en el Palacio de Exposiciones de Medellín.

### **El carriel y la arriería.**

La historia del carriel está ligada a la de la arriería. Hasta principios del siglo XX la población de Envigado, situada al sur del Valle de Aburrá y hoy en día integrada al área metropolitana de Medellín, estuvo dedicada a la agricultura y a la arriería. Era este el sistema de transporte usual hasta que fue desplazado por la construcción del ferrocarril de Antioquia y por la apertura de vías carreteables para automotores. La historia de la arriería en

Antioquia estuvo asociada a la existencia de importantes centros mineros y, posteriormente, al cultivo del café que se extendió con la colonización antioqueña. Los capitales que se derivaron de esas dos actividades económicas se invirtieron en múltiples artículos de consumo, además de artículos suntuarios de origen europeo, que eran transportados a lomo de mula desde Puerto Nare o Puerto Berrío, sobre el río Magdalena, hasta los pueblos del interior. A fines del siglo XIX, el camino para llegar al Valle de Aburrá, pasaba por los pueblos del Oriente antioqueño y los dueños de las mulas vivían generalmente en Rionegro y Envigado (Von Schneck, 1880 en: Ferro, 1985:23).

Envigado era reconocido en la región como centro de mercado principal de mulas y caballos. Parsons señala que también Bello, Barbosa y el Retiro eran centros proveedores de mulas y bueyes para el comercio (1961:222-223). Veamos el testimonio del arriero Mateo Botero de El Retiro, recogido por Germán Ferro: *“Los de Envigado y esa gente del suroeste*

*era gente muy buena, de Andes y de todo eso, también de Frontino y de Antioquia, en todo eso mucho animal de trabajo, y por acá en el oriente, de Rionegro para abajo, Cocorná, Santuario, El Carmen, Marinilla, por allá todo lleno de mulas”* (1985:247).

Los arrieros viajaban en muladas grandes, que incluían al dueño de las mulas, al caporal o capataz que decidía las rutas, itinerarios y cargas, a los arrieros que llevaban las mulas por los caminos aparejando las cargas y al sangrero, un niño de unos doce años que recibía un salario menor y se encargaba de llevar un caballo adelante y tocar el cacho en los desfiladeros para avisar y no chocarse con otra mulada. Este niño preparaba también la comida de los arrieros (Ferro, 1985:241-247).

El carriel era un elemento imprescindible para el arriero y los actuales centros de producción del carriel todavía están ubicados sobre las antiguas rutas de la arriería: Envigado, Jericó, San Pedro y Amalfi. En el área

metropolitana se fabrican también carrieles en Sabaneta, Bello y Copacabana.

“...Los carrieles que se usaban hace más de 50 años, tenían por lo general dos o tres bolsillos únicamente; estos han venido aumentando con el tiempo y se ha llegado a límites de dieciocho bolsillos... Un carriel moderno y práctico, no tiene más de nueve bolsillos, contando las tres secretas o bolsillos disimulados entre los forros. La tapa del carriel va siempre forrada en piel peluda, ya sea de nutria o tigrillo que son las más tradicionales, ya de león (puma), tigre (jaguar) y últimamente de ternero. La bolsa o carriel propiamente dicho, va pendiente del hombro izquierdo mediante una reata de unos tres dedos de ancho, fabricada de cuero delgado y recubierta de charol; algunas van adornadas con ojaletes metálicos y dibujos hechos con hilos de colores: verde, amarillo y rojo. El carriel es usado por los campesinos y los puebleños de toda Antioquia: lo mismo en las tierras

frías que en las calientes. Cada uno lleva en el carriel los utensilios, que de no usar en el carriel, llevaría en los bolsillos. Por lo tanto, no van las mismas cosas en el carriel del aserrador, que en el del guaquero, ni los mismos utensilios se encuentran en el carriel o guarniel del ganadero que en el del arriero. El que más cosas carga en el carriel, por la índole misma del oficio es el arriero...” (Jaramillo, 1962: 247-250).

Según Agustín Jaramillo (1962), el arriero cargaba en el carriel todo lo que necesitaba para el viaje: el dinero para las transacciones comerciales, la barbera para afeitarse, la peinilla y el espejito con tapa para acicalarse antes de entrar a un pueblo, un farolito y una vela de sebo con estuche para alumbrar el camino o la tolda donde se acampaba la leche de sandía para curar inflamaciones de las bestias, una pitica y una aguja de arria para coser, cabuya para amarrar la carga, una navaja para pelar las frutas o para sangrar una herida, una libreta y un lápiz para anotar las cuentas,

un pito de cacho para hacer señales a los compañeros de viaje, los dados y la baraja española para entretenerse en la noche, los tabacos para fumar, una piedra para sacar candela, la yesca, uno o dos amuletos que lo protegían, como el ojo de venado, la cola de gurre, el colmillo de morrocoy, de tigre o cualquier otro, la estampa de la virgen del Carmen o un crucifijo en su defecto y por último la “carta d’i amores” y el crespito de la novia.

Veamos el testimonio del arriero jericano Gerardo Osorio, nacido en 1897 y entrevistado por Germán Ferro en Fredonia en 1984:

“...En estos guarnieles nosotros cargábamos lo que se nos atravesaba, echábamos una libra de panela ahí o echábamos un quesito de afán o un pan de centavo que era un pan grande, bueno y sobraba en la comida o una arepa de

chócolo para ir masticando por el camino. ¡Es que yo no puedo dejar el carriel, hombre, qué tan raro que yo no puedo dejar la costumbre!” (1985:141).

La manufactura del carriel decae con la desaparición de la arriería y con el surgimiento de la gran industria en el valle de Aburrá. Quedan apenas unos cuantos arrieros que recorren rutas en zonas inaccesibles para los carros. Sin embargo, los campesinos lo siguen usando. Para todo el pueblo antioqueño se constituye en un símbolo de identidad. Los hombres citadinos lo usan para las ferias o para ir a “pueblar” los fines de semana. Durante la Feria de las Flores el atuendo típico recobra vigencia e incluso los niños en las guarderías y escuelas desfilan con el carriel de “chichigua”.<sup>3</sup>

En 1964 se exalta a Envigado como cuna de la talabartería con

---

<sup>3</sup> Jaime Sierra (1983:200) dice que “carrielón” es sinónimo de rústico, inculto, y recoge refranes propios de Antioquia como: “Más revuelto que carriel de yerbatero”, o “tener más arrugas que un carriel envigadeño”. Registra también una adivinanza relativa al carriel: Peludo por delante/peludo por detrás/ rasgado hasta la oreja/a que no adivinas.



especialidad en la manufactura de monturas, riendas, carrieles y valijas. Se mencionan a los talabarteros envigadeños: Tirso Escobar, Gumersindo Escobar, Leocadio y Eusebio Ochoa, Santiago Mesa, Dionisio Diez, Carlos Tamayo, Rafael González, Gabriel Arango, Pascual Correa, Castor Arango, Emilio Tamayo y Enrique Sánchez (Garcés, 1985:34).

### **El aprendizaje de la guarnielería**

Los artesanos de Envigado han aprendido la guarnielería en Jericó, en Sabaneta o en el mismo Envigado. Algunos provienen de familias que tradicionalmente se han dedicado a este oficio. Los niños aprendían en los talleres de sus padres, después de haber cursado dos o tres años de estudios primarios. En un principio los ponían a cortar el cuero o a pegarlo con la cola. Más tarde les enseñaban a manejar la máquina de coser, haciendo pespuntos hasta llegar a pegar falsos y ribetes. El carriel pequeño o de chichigua era obra de los aprendices (Ospina et al. 2001).

Otros jóvenes tuvieron que pagar por el aprendizaje a un maestro durante un año, al cabo del cual empezaban a recibir un salario. En un mismo taller había varios aprendices, unos más “crudos” que otros y varios maestros, lo que facilitaba la enseñanza. Alfredo Arango fue maestro en Jericó de Alberto González y de los hermanos Rendón, entre otros. Allí mismo trabajaban otros maestros como Gildardo Uribe, Gabriel Henao y Jesús Chica.

Don Rubén Santamaría aprendió el oficio con su padrino Valentín Rendón en Envigado y enseñó el oficio a nueve personas en Jericó además de sus tres hijos Rubén, Eugenio y José. Algunos artesanos aprendieron en talabarterías como la de Nevardo Montoya, quien estuvo al principio en Sabaneta y luego en Medellín. En estos casos recibían un salario desde que entraban como aprendices. Una vez dominaban el oficio, buscaban la manera de adquirir las herramientas necesarias para fundar su propio taller. Algunos heredaron las herramientas de sus padres y otros las compraron a maestros

ancianos cuyos talleres habían venido a menos: moldes, cuchillas, máquina de coser, tijeras, martillo, piedra de amolar, riel, mesa, banco, lezna, agujas, prensa, marca de hierro, estanquillo, compás, tenaza y sacabocados.

Algunos artesanos se vincularon a las industrias de Envigado y Medellín y en su tiempo libre hacen carrieles por encargo. Otros hicieron fortuna y hoy se dedican a sus fincas o al comercio de productos de cuero, manteniendo así sus vínculos con los guarnieleros.

Es difícil afirmar cuál fue la cuna del carriel. El trabajo del carriel es tan antiguo en Jericó como en Envigado y los dos municipios están íntimamente relacionados. Don Rubén Santamaría aprendió a hacer carrieles en Envigado a principios del siglo XX y después se radicó en Jericó, donde fundó su taller. Hoy sus hijos ejercen como guarnieleros en Envigado. Alberto Gonzáles aprendió el oficio en Jericó, su tierra natal y ahora vive en Envigado. Lo mismo ocurre con Jorge Gil, radicado en Envigado desde 1995 (Ospina

et al., 2001). Varios jericóanos aprendieron el oficio en Sabaneta como don Alfonso Atehortúa.

### **La materia prima.**

Para hacer un carriel fino se necesitan los siguientes materiales: vaqueta de falso y de trasero (o carnaza grabada), vaqueta de talabartería, cueros rojos y amarillos, charol, piel de nutria, de perro de monte, de becerro, de zorro o de tigre, accesorios como broches, ojaletes, argollas cobrizadas, cierres, hebillas e hilos. Si se trata de un carriel ordinario, el cuero se sustituye por pieles sintéticas como la charolina, la brillalina o el elastiflex.

Estos artículos se consiguen en las peleterías situadas en la calle Palacé del centro de Medellín. En algunas ocasiones, los artesanos van directamente a las fábricas procesadoras de cueros en Itagüí y Sabaneta. Las tenerías de Guarne, San Pedro y La Ceja surten a las peleterías de ciertos cueros que no se procesan en las curtiembres grandes, como la piel de becerro peluda.

Los campesinos del Chocó y del oriente del departamento de Antioquia (Puerto Berrío, Nare) cazan las nutrias, los tigrillos, los zorros y los perros de monte para llevarlos a las peleterías donde los consiguen los artesanos. La piel de una nutria o de un tigrillo alcanza para fabricar siete carrieles, pero cada día es más difícil encontrar estas pieles porque su caza está prohibida. A partir de la creación de la Corporación Autónoma Regional, CORANTIOQUIA, adscrita al Ministerio del medio Ambiente, la vigilancia a las guarnieleras se ha hecho más insistente, para evitar la extinción de estas especies animales. Sin embargo algunos guarnieleros todavía mantienen pieles escondidas en sus casas para hacer carrieles con piel de nutria por encargo. Muchos artesanos creen que las ventas de carrieles han disminuido porque la gente prefería los carrieles elaborados con pieles de animales silvestres (Ospina et al., 2001).

Las pieles son muy costosas. Los precios empezaron a subir en forma abrumadora en la dé-

cada de los ochenta debido a los problemas en la importación de las sustancias químicas que se requieren para el curtido y por la violencia del país que provocó el abandono de las zonas ganaderas. En los últimos años el precio internacional del cuero ha aumentado en un 30%, por la enfermedad de las vacas locas y la fiebre aftosa que afectaron la ganadería mundial. Los compradores internacionales empezaron a importar cueros colombianos, generando un alza en los precios y la falta de materias primas para las manufacturas locales (Yepes, 2001:1b).

### **La confección del carriel**

Una vez que están las pieles en el taller, se procede a cortar o “destrozar” el cuero para las divisiones y el trasero. Se corta con una cuchilla que tiene un mango de madera, siguiendo moldes metálicos. Después se pegan las divisiones con cola y con máquina. Se coloca un falso o pedazo de cuero amarillo entre una división y otra para formar el

fuelle del carriel. Se debe coser el ribete o borde de charol que recubre los bordes externos de las divisiones, para ello se emplean dos agujas capotereras y una lezna. Se perfora el cuerpo con la lezna y por ese mismo orificio se entrecruzan las dos agujas en sentido contrario. En Envigado todavía cosen a mano las mujeres de la familia González<sup>4</sup>.

Coser a máquina los ribetes es igualmente difícil, pues el cuero es muy duro. Algunas personas hacen todos los ribetes de charolina, pero la mayoría de los artesanos coloca el charol, que es más brillante, en el ribete externo, y la charolina en los internos. Los ribetes deben ser “machacados” o golpeados con un martillo sobre un riel de hierro para que se vayan “asentando” y queden más delgados.

Las secretas y bolsillos se van haciendo sobre las divisiones con cuero rojo o con sintéticos de colores rosado, rojo o crema. Se

llama tapa a la parte de adelante del carriel que va unida al trasero, pero la tapa se confecciona independientemente, cortando la piel peluda y el charol con su mora y con sus vivos amarillos y rojos. La piel peluda se pega de un cartón para que no se encoja. La mora de la tapa también se va armando sobre un cartón antes de aplicarla sobre el cuero. Se hacen tres pespuntos sobre los colores vivos siguiendo el contorno de la mora.

Lo último que se hace es “cerrar” el carriel colocando la tapa con su ribete de charol. Si el carriel va con lanza (punta delgada) debe llevar un pasador de charol para atravesarla y si va con torniquetes deben colocársele antes de cerrarlo.

Las argollas se ponen finalmente en las orejas que se desprenden de los falsos. Un carriel tradicional lleva dos argollas a cada lado. Los carrieles de mujer y los de ingeniero apenas llevan una argolla a cada lado.

---

<sup>4</sup> La guarnielería es un oficio masculino. Las mujeres participan ocasionalmente y solo para coser algunas partes del carriel.

Algunos carrieles que llevan un bolsillo secreto en la parte trasera, se cierran con broches interiores. La marca de la guarnielería se pone en el trasero con una prensa y un sello de hierro. Dado el reconocimiento y aceptación que tiene el carriel jericano, casi todos los sellos dicen “Guarnielería Jericó”, aunque sean fabricados por diferentes personas y en distintos municipios (Ospina et al., 2001).

Todo carriel debe llevar una reata o correa de charol con su hebilla y sus dibujos pespunteados a máquina. Algunas personas se dedican en Medellín a hacer estas reatas y las llevan a los almacenes.

### **Los talleres**

En 1985 encontramos en Envigado cuatro talleres en plena producción: el de Rubén Santamaría, el de Eugenio Santamaría, el de Alberto González y el de Arturo Tamayo. El taller de Rafael González estaba cerrado por falta de materia prima y su dueño era

reacio a reabrirlo después de 35 años de trabajo. La Guarnielería Jericó, también en Envigado, era propiedad de la familia Calle. Veinte años atrás había sido un verdadero taller con diez obreros laborando en forma permanente, pero se había convertido en un almacén de carrieles surtido por los demás artesanos de Envigado.

En Sabaneta localizamos tres talleres: el de Alfonso Atehortúa y Mario Montoya en plena producción y el de Jairo Bedoya quien solo trabajaba por encargo. En Medellín encontramos los talleres de Rodrigo Ortega y el de Angela Carmona.

De estos nueve talleres, siete se encontraban dentro de la vivienda del artesano. Los otros dos talleres eran más grandes y ocupaban un sótano de un edificio y una casa respectivamente, pues además de hacer carrieles fabricaban avíos para bestias.

En los talleres pequeños trabajaba el artesano, con un ayudante si había pedidos para entregar a corto plazo. En estos talleres se hacían entre 12 y 18

carrieles semanales. En los talleres medianos trabajaba toda la familia y podían producir diez docenas de carriel de ingeniero y dos docenas de carriel típico semanalmente.

Actualmente, en Jericó existen cinco guarnielorías, de las cuales tres pertenecen a miembros de la misma familia. Sus propietarios son Darío Agudelo, sus hijos John Jairo y Saulo, Orlando Carvajal y Wilson Tirado, quien trata de abrir mercados en el exterior. En este municipio el aprendizaje del oficio es una tradición familiar que se transmite de generación en generación. No obstante, para lograr el sostenimiento de estos negocios, se ha ampliado y diversificado la producción, se han diseñado nuevos estilos, al tradicional carriel con tapa de pelo se le suman el carriel tradicional femenino, el de chichigua, el carriel monedero para cargar en la correa del pantalón y el carriel de ingeniero, y se complementa con el trabajo en cuero y la fabricación de correas, estuches y aperos (Carlos Alberto Palacio, comunicación personal).

En otros municipios tradicionalmente productores de carrieles, como San Pedro, Rionegro y Amalfi, la guarnieloría ha desaparecido completamente y no existen personas dedicadas a este oficio. Curiosamente, en el municipio de Sonsón existe una, no muy reconocida, empresa de guarnieloría, que comenzó hace 40 años con un señor Henao, oriundo de Jericó, quien una vez instalado en este municipio empezó la fabricación de carrieles; sin embargo, éstos no son tan famosos, y el trabajo es más conocido como de talabartería. Actualmente existen en Sonsón tres talabarterías dedicadas a la fabricación de artículos de cuero y carrieles (Carlos Mario Marín, comunicación personal).

### **Los diseños**

Existen dos tipos de carriel: el típico, que lleva piel peluda en la tapa y el de ingeniero que es usado por topógrafos, ingenieros y estudiantes universitarios. El carriel típico puede ser el jericoaño, el sampedreño, el envigadeño

y el amalfitano. El jericano es redondo y se cierra con una lengua o lanza puntada que atraviesa un pasador. Este carriel tiene cinco divisiones, cinco bolsillos y seis secretas. Su tamaño puede variar (la numeración va de 0 a 14). Los respuntes son verdes y la puntada es muy pequeña. A partir de este modelo surgió el carriel cuadrado con lanza, que ya tiene unos 60 años de antigüedad y el cuadrado con torniquetes. Desde tiempos antiguos existe un carriel ovalado, pequeño, con menos divisiones, usado por las mujeres.

El carriel jericano redondo es el más usado por los campesinos. Los ganaderos usan este mismo carriel, pero lo prefieren de un tamaño mayor, al igual que los mafiosos quienes mandan a hacer carrieles con secretas para guardar el arma y las balas. El carriel sampedreño es originario del municipio de San Pedro y ahora solo se hace por encargo, pues es muy difícil de confeccionar. Es un carriel mucho más pequeño y tiene una lanza más larga que

sobresale en la parte inferior. Este carriel no es enteramente redondo pues a cada lado tiene una entrada y en las moras lleva corazones blancos, rojos y verdes. Este carriel es usado por campesinos de mayor edad.

El carriel envigadeño puede ser redondo o cuadrado, con lanza o con torniquetes. Se distingue por la doble mora de charol con contornos curvos arriba y abajo y por los respuntes blancos. Este tipo de carriel sólo se sigue fabricando en uno de los talleres. El carriel amalfitano lleva lanza y unos dibujos calados en la mora de charol.

La mayor parte de los talleres hacen carrieles finos con cueros naturales y carrieles “de pelea”<sup>5</sup> que tienen un menor precio por usar cueros sintéticos. La diferencia entre los dos carrieles sólo puede ser percibida por expertos y ambos tienen igual duración.

Algunos almacenes de cuero, ubicados en los más exclusivos centros comerciales de la ciudad,

---

<sup>5</sup> Populares, de uso cotidiano.

han elaborado nuevos diseños del carriel sin pelo, partiendo de los carrieles tradicionales, que han tenido gran acogida entre los sectores de clase alta. Sus precios son tan costosos como los del carriel típico. Los artesanos no aprueban estos diseños, pues consideran por ejemplo, que la lanza redondeada no es apropiada para un hombre (la prefieren puntuda y angosta). Rechazan también el que los hombres se coloquen el carriel sobre un hombro, como las mujeres, y no atravesado sobre el pecho y colgando al lado derecho. Todos los artesanos opinan que el carriel nunca se dejará de usar porque uno se ve mejor vestido con un poncho y un buen carriel que de cachaco “con saco y corbata”.

### **Problemas de la guarnielería**

Los guarnieleros afrontan muchos problemas. La materia prima tiene costos muy altos y sin embargo, el precio del carriel no ha podido subir paralelamente, por el bajo poder adquisitivo de los clientes campesinos. Las curtiembres no fabrican todas las pieles,

necesarias para el artesano, por tratarse de pedidos pequeños. No hay créditos de ningún tipo para adquisición de materia prima y el mercado del carriel de alta calidad es mínimo, viéndose abocados a producir un carriel ordinario con el que no se identifican y del cual no se enorgullecen.

Las ventas se hacen generalmente a diez almacenes del





área metropolitana y no al cliente directamente, lo que reduce las ganancias del artesano. Actualmente, los productores venden a precios moderados o dejan en consignación los carrieles en las talabarterías del centro de Medellín. Aprovechan, también, los eventos y ferias para llevar productos con algunas rebajas y hay algunos que tratan de internacionalizar el mercado a través del internet. En Jericó, por ejemplo, pueden venderse mensualmente unos diez carrieles en promedio, como resultado de ventas esporádicas de turistas o encargos específicos a almacenes de Medellín. Sin embargo, los guarnieleros jericoanos afirman que este año la producción ha tendido a incrementarse, sobre todo en la elaboración de carrieles pequeños o de “chichigua”, en el mes de agosto se envió una producción de 250 ejemplares a Inglaterra (Carlos A. Palacio, comunicación personal). Un carriel “de pelea” se vendía en 1985 por \$3.500 pesos y un carriel fino se vendía en \$7000. En los almacenes duplicaban estos precios. Los artesanos apenas ganaban entre \$800 y \$2.000 pesos por cada carriel.

En la actualidad un carriel jericoano de la guarnielería Jericó cuesta entre \$80.000 y \$150.000 pesos, es decir entre USD\$27 y USD\$50, dependiendo del tamaño y la piel de la tapa; un carriel para mujer puede costar entre \$50.000 y \$80.000 pesos, aunque es el mismo diseño del carriel masculino, es más económico por ser más pequeño; los carrieles de “chichigua” cuestan en promedio \$25.000 y los nuevos diseños de “carrieles monederos” para portar en la correa, cuestan \$20.000 (Carlos Alberto Palacio, comunicación personal). Los talabarteros de Sonsón fabrican carrieles que oscilan entre los \$100.000 y \$120.000 y en las talabarterías del centro de Medellín, los carrieles provenientes de Jericó cuestan entre \$120.000 y \$170.000, entre los carrieles femeninos el más costoso es de \$100.000 y la más económica cuesta entre \$40.000 y \$50.000, y los de “chichigua” cuestan de \$15.000 a \$20.000 pesos. Generalmente los almacenes pagan de contado y en algunas ocasiones entregan pieles como parte de pago.

Hay muy pocos aprendices en los talleres y muchos artesanos se han retirado o están próximos a hacerlo, ya que este trabajo no da para vivir de acuerdo a sus expectativas. Los artesanos no son muy unidos, a pesar de que se conocen personalmente o por referencias. En 1985 sólo encontramos ayuda ocasional entre los hermanos Santamaría y entre los tres artesanos de Sabaneta que ayudan a vender la producción de sus vecinos y se prestan pieles y herramientas.

Es necesario apoyar a los guarnieleros a través de programas que reduzcan los costos de las materias primas y los accesorios, que ofrezcan crédito, que amplíen el mercado a nivel local<sup>6</sup>, nacional e internacional y que capaciten al artesano para diseñar y fabricar nuevos productos que conserven el sello del carriel tradicional. Debe estimularse a los artesanos para que mantengan aprendices en sus talleres con el fin de con-

servar la tradición. La viabilidad económica de las guarnielorías depende del incremento de las ventas y de la diversificación de la producción; de hecho las más exitosas son aquellas que producen también avíos para bestias, por lo cual hay que impulsar este tipo de microempresas.

## Conclusiones

La guarnieloría es una tradición de origen español que, en el Departamento de Antioquia, tuvo un fuerte desarrollo gracias a la demanda de artículos de cuero por parte de los arrieros que transportaron mercancías a lomo de mula hasta principios del siglo XX. Aún existen talleres que fabrican carrieles en Jericó, en Envigado y en otros municipios del área metropolitana. Este bolso de cuero ocupa un lugar muy importante en el imaginario de los antioqueños y se ha convertido en símbolo de identidad, pero su

---

<sup>6</sup> No se ofrecen a los turistas carrieles de pelo en los almacenes de artesanías; en las oficinas de turismo no se promociona la visita a los talleres artesanales; en los almacenes de cuero de los centros comerciales no se exhibe el carriel típico.

uso como prenda cotidiana está en franca decadencia. Las guarnielierías no han diversificado su producción y enfrentan problemas serios que amenazan con su cierre. Con asesoría técnica sería posible abrir nuevas líneas de

producción, que arrojen utilidades suficientes para mantener paralelamente la producción del carriel tradicional de alta calidad, que se ha convertido indudablemente en patrimonio cultural del pueblo antioqueño. 1

## **Bibliografía**

Aubague, Laurent. "Antropología del vestido" Revista Territorios. Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, Mayo-Junio, N.2, 1980

Ferro, Germán. *El arriero: una identidad y un eslabón en el desarrollo económico nacional. Tesis de grado de antropología, Universidad de los Andes, Bogotá, 1985.*

Garcés Escobar, Sacramento. *Monografía de Envigado.* Consejo Municipal, 1985.

Jaramillo Londoño, Agustín. *El testamento del paisa.* Editorial Bédout, 1962.

Laorden, C. et al. *La artesanía en la sociedad actual.* Salvat, Barcelona, 1986.

Ospina, Fernando "La leyenda dice que Jericó lleva un carriel al hombro" El Colombiano, nov. 26 de 1983.

Ospina, Maryory et al. *La guarnielería, una tradición antioqueña*. Trabajo de curso presentado al Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia. Sin publicar, Medellín, 2001.

Parsons, James J. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. Bogotá, Banco de la República, 1961.

Sierra García, Jaime. *Diccionario folklórico antioqueño*. Extensión cultural, Universidad de Antioquia, 1983.

Schwarz, Ronald “Hacia una antropología de la indumentaria: el caso de los guambianos” *Revista Colombiana de Antropología*. Bogotá, 2(6), 1961.

Yepes, Juan Carlos. Contrabando y escasez del cuero amenazan la industria. *El Colombiano*. 13 de julio del 2001, p.1b